

# El ojo de Dios

por Baltasar Lotroyo

El océano se extiende hasta el cielo, dos infinidades que se funden en un sosiego infinito y hacia el cual procedo, hacia esa luminosa e inalcanzable coyuntura del azul de arriba y adelante. Navego y navego, y nunca llegaré a ese punto donde cielo y mar se tocan. Sin embargo, mi barco sigue por ese rumbo.

¿Pero qué barco? ¿Dónde estoy, y como llegué aquí? Extraño. No sé cómo habré llegado al puente de mando, ni dónde está el resto de la tripulación. Porque tienen que haber otros, este puente de mando tiene que ser de una embarcación de grandes dimensiones. Pero ¿de qué dimensiones? No recuerdo haber visto más que esta parte donde estoy, frente al timón y a la gran ventana donde contemplo el inalcanzable horizonte. Tengo una terrible curiosidad por explorar esta embarcación, para saber su tamaño y con qué recursos cuenta, y para ver quién más me acompaña, pero no puedo abandonar el puesto de mando. Máxime ahora, que veo que el tiempo está cambiando, que se acercan nubes negras y que el agua empieza a agitarse.

A pesar de lo inacabable que parece todo alrededor, el azul gris del agua movida y el gris azul del cielo agitado, tengo la seguridad de que hay un puerto, la boca de una ría entre dos largos dedos de roca, adelante. ¿Por qué estoy tan seguro? ¿Quién me lo ha dicho? No sé, no tengo idea, pero sí creo que es así. Que tiene que ser así. Y que a la entrada de esa boca, sobre un peñón como una grotesca crecencia sobre la uña de uno de esos dedos de roca, habrá un faro que me guiará. Ahora todo está oscureciendo, y su luz me hará falta.

¡Qué extraños espejismos produce la atmósfera crepuscular! Tengo que calmarme, no pueden ser cosas reales.

¡Ese disparo! ¡Y ese otro! O serán bombas. Y un repentino fuego, brillante enneguecedor arriba y reflejado en destellos rotos en las olas por delante. No, no puede ser, son alucinaciones mías, malos recuerdos del noticiario, de asaltos a embajadas, pero aquí en el mar no hay embajadas. A menos que sea este barco una embajada. Y yo, embajador, asediado. No no no, qué idea más absurda, yo embajador — ¿de qué potencia? Pero esas explosiones en el cielo, esos fuegos — relámpagos tienen que ser — asustarían a cualquiera. Pero ¿por qué estoy tan solo?

¡Cuerpos! ¡Colgados de un puente, allá arriba! Y de repente desparramados, cadáveres decapitados. No, no, no puede ser real. Son nubes rotas por los vientos. Es mi imaginación que las ve así. No quiero volverme loco, todas esas explosiones — ahí va otra — y las turbas enardecidas y los cadáveres despedazados, nada es lo que parece.

Calma, calma. Son meramente mis ansiedades, horrores guardados en mi conciencia o en el inconsciente, proyectados al inofensivo cielo y el inofensivo mar.

¿Inofensivos, dije? Pero el mar se agita cada vez más. ¿Y cómo voy a poder dirigir este barco frente a semejantes olas? Hace unos momentos yo iba tranquilamente adelante, sin cuestionar mi rumbo, como si lo supiera. Pero nunca, nunca desde que me encuentro en este puente de mando, nunca he tenido una idea de adónde iba. Ni una idea vaga. Sólo sé — o creo, porque saber, no sé cómo lo podría saber, creo, sí creo, absolutamente lo creo, tengo que creerlo, que si sigo mi curso contra viento y marea, nunca mejor dicho, llegaré a buen puerto. Al buenísimo puerto, el puerto final. Donde no veré más cadáveres decapitados ni turbas violentas, ni oiré más bombas ni esos terribles

llantos, como de mujeres a que les arrancan las entrañas o a los hijos o a los maridos. Viento tiene que ser, una tormenta en el mar, nada más. Digo. ¡Uuu! ¡Otro terrible llanto!

Oscuro. Todo está oscuro salvo los instantes aterradores cuando de repente se ilumina todo, y ahí hay un hombre arrodillado con los brazos abiertos, llorando, rogando — y oscuro de nuevo. Ya no sé qué es real y qué no lo es. Este barco, ¿es real? ¿Donde está la tripulación? ¿Qué hacemos si empezamos a hundirnos? En un relámpago, creí ver algo que podría ser tierra, o una roca, o no sé. El puerto, ¡tengo que llegar al puerto!

El faro. El faro. El faro me guiará. No confundir el brillo de un relámpago con la señal repetida de la luz del faro que tiene que estar, en la boca de la ría que será mi puerto, nuestro puerto para toda mi tripulación si la hay.

¡Uuu! ¡Qué sacudida! ¿Será que nos aproximamos a las rocas, las que guardan y quieren prohibir la entrada al puerto? ¡Faro, dónde estás? Sálvame, luz del puerto del sosiego, ¡ojo de Dios te imploro!

----

Baltasar Lotroyo (Valencia, Venezuela, 1963) vive desde 2008 en Carboneras, donde comparte casa y cerebro con Geoffrey Fox.